

## La bailarina y el cuerpo

Alfred Döblin

Traducción del alemán de Harriet Quint

A los once años fue destinada a ser bailarina. Por su propensión a las torceduras, la facilidad para hacer muecas y su temperamento extraño, parecía estar hecha para esta profesión. Hasta entonces había sido torpe en cada paso, mas ahora había aprendido a dominar sus ligamentos elásticos y sus articulaciones suaves; cautelosa se introducía furtivamente en los dedos de sus pies, flexionaba las rodillas una y otra vez, agredía con afán los hombros angostos y la curvatura de sus brazos, acechaba el juego del cuerpo tenso. Lograba emanar frialdad sobre el baile más voluptuoso.

A los diez y ocho años tenía un cuerpo pequeño y ligero, los ojos negros enormes. Su cara alargada casi pueril con facciones duras. La voz clara, sin musicalidad y galanteo, entrecortada; su paso rápido e impaciente. Era insensible, miraba con descaro a sus compañeras ineptas y se aburría con sus quejas.

A los diez y nueve años una enfermedad crónica se apoderó de ella, de manera que su rostro contrastaba extraordinariamente pálido con su cabello negro. Sus miembros se volvieron pesados, pero seguía con el juego. Cuando se encontraba sola pateaba el piso, retaba su cuerpo y forcejaba con él. No le mencionó a nadie su debilidad. Rechinaba los dientes pensando en esa tontería, ese candor, que precisamente había logrado dominar.

Cuando Ela se mordía los labios por el dolor, la madre se dejaba caer sobre el sofá y lloraba por horas. Luego de una semana, la anciana, con la mirada agachada, decidió decirle a su hija que pusiera fin a eso y fuera al hospital. A lo que Ela no contestó nada, sólo miraba maliciosamente la cara arrugada y desesperanzada.

Al día siguiente fue al hospital. En el coche iba llorando de coraje bajo la manta. Le daban ganas de escupir su cuerpo dolorido, se mofaba de él con amargura; sentía asco de su carne deteriorada a la cual se sentía unida. Con un miedo silencioso abrió los ojos mientras tocaba sus miembros que la rehuían. Qué impotente se sentía, oh qué impotente se sentía. Las ruedas sonaban con estrépito sobre el piso del patio. Las puertas del hospital se cerraron tras ella. La bailarina miró con desprecio a los médicos y a los enfermos. Con suavidad, las enfermeras la subieron a la cama.

Entonces, a la bailarina se le olvidó hablar. Dejó de escuchar el tono mandón de su propia voz. Todo sucedía sin su voluntad. Pero, se percataban de cada manifestación de su cuerpo, y lo trataban con suma seriedad. A diario, casi a cada hora, le preguntaban a la bailarina cómo se sentía, hacían cuidadosamente apuntes en los registros, de modo que al principio ella se impacientaba, y luego se sorprendía cada vez más. Pronto cayó en una oscura angustia y volubilidad; el terror de este cuerpo se apoderó de ella. Ya no se atrevía a tocarlo, restregarlo, clavó la vista en sus brazos, senos y se estremeció al mirarse por largo rato en el espejo. Su boca tomó la medicina que ella misma le suministraba; acompañaba las gotas amargas en su descenso y reflexionaba sobre lo que su cuerpo, el aniñado, el imperioso, el oscuro, hacía con

ellas. Se hizo pequeña como una mosca, y de noche el miedo a la muerte acechaba detrás de su cama. Sus ojos que veían lo horrendo quedaron fijos. La sarcástica con su cara infantil, ahora se volvió devota y rezaba con las enfermeras antes del crepúsculo. La madre se asustó cuando fue a visitarla. Su hija nunca había sido tan pusilánime y menesterosa. - Estamos en manos de Dios, consoló la madre a la demacrada que se aferraba a ella. - Sí, susurró la bailarina, estamos todos en Sus manos.

El vaivén monótono a su alrededor la tranquilizó de nuevo, el terror desapareció tan rápido de cómo se había presentado. Surgió de nuevo el rechazo a los enfermos en la sala. Y la indignación se reflejaba en sus rasgos duros. El que le mostraran veneración al cuerpo putrefacto y miraran por encima de ella como si estuviera muerta, eso ofendía a la altiva. Encerró su cuerpo, lo encadenó. Era su cuerpo, una propiedad de la que podía disponer a su gusto. Ella vivía en esta casa; que dejaran su casa en paz. Diario golpeaban su pecho con martillos y atisbaban el diálogo de su corazón. Dibujaban su corazón en el pecho, de manera que todos lo vieran; tiraban de la luz oculta adentro. Oh, la robaban. Con cada pregunta se llevaban una parte de ella. La invadían con venenos que eran más finos que agujas y sondas; descubrieron todas sus mañas, la arrinconaron en su madriguera. Todo le quitaban estos ladrones, así que no se sorprendieron al ver que cada día estaba más débil y cadavérica. Se enfadó y empezó a defenderse. Les decía mentiras a los médicos, no contestaba a sus preguntas, mantenía en secreto su dolor. Y cuando le hacían de nuevo preguntas, rígida en la cama, rechazaba a las enfermeras, incluso, se reía con un odio repentino en la cara de los médicos, que sacudían la cabeza, y les hacía muecas mostrando su desprecio.

Pero esta valentía no podía durar mucho. A diario, sin parar, las batas blancas caminaban por las salas, revisaban a los enfermos y tomaban notas. A diario y a cada hora pasaban las enfermeras y le llevaban comida y medicinas: eso paralizaba a la bailarina. Tiró la toalla y con desprecio dejó que las cosas tomaran su rumbo. Nada le interesaba. Un ser infantil reposaba ahí que la hacía desdichada; ¿qué sentido tenía luchar por él o tenerle envidia por sus honores? Inmóvil descansaba en su cama. El cuerpo, un pedazo de carroña, estaba acostado debajo de ella. Ya no se preocupaba por el dolor. Cuando de noche la atormentaba, ella le decía: "Mantente tranquilo hasta mañana cuando vengan los médicos". Cada quien iba por su lado; su cuerpo tenía que arreglárselas solo con los médicos. "Tomarán nota", con eso acallaba sus molestias.

Seguido sonreía con lástima por este niño enfermo y tonto que yacía en su cama. Tranquila y detallista comunicaba a los médicos sus achaques. Observaba con indiferencia a los médicos y con ironía constataba el fracaso de sus esfuerzos. Cierta tensión y alegría se apoderaron de nuevo de ella y veía con malicia sus torpezas y la descomposición de su cuerpo. Sonriendo apretaba la boca en el cojín, había recuperado su frialdad y desdén.

Cuando al mediodía pasaron por la calle unos soldados tocando una marcha, la bailarina se incorporó en la cama, se inclinó sobre sí misma, con ojos incandescentes y labios apretados. Al cabo de un rato una voz aguda, aunque tenue, llamó a la enfermera. La bailarina quería bordar, y pidió hilo y tela. Con un lápiz dibujó rápidamente una imagen extraña sobre la tela blanca. Eran tres figuras: un cuerpo redondo, deforme, parado sobre dos piernas, sin brazos ni cabeza, solamente una bola con dos patas. Junto a ella estaba parado un hombre bondadoso,

alto con unos lentes enormes, quien acariciaba el cuerpo con un termómetro. Pero al mismo tiempo que él se ocupaba muy seriamente del cuerpo, al otro lado saltaba una niña descalza que le hacía con la mano izquierda un gesto de burla y con la mano derecha encajaba de abajo una tijera en el cuerpo, de modo que éste se vaciaba con un chorro enorme, como si fuera un barril.

La bailarina bordó el cuadro con hilo rojo y mientras tanto se reía para sus adentros.

Quería bailar de nuevo, bailar.

Quería sentir de nuevo su fuerza de voluntad como en aquellos tiempos cuando emanaba frialdad sobre el baile más atrevido, y su cuerpo firme ondeaba como una flama. Quería bailar un hermoso vals con él, su dueño, su cuerpo. Un movimiento surgido de su voluntad, le permitió nuevamente tomar su cuerpo de las manos, a este animal perezoso, derrumbarlo y vencerlo. Ya no era su dueño. Un odio triunfador se apoderó de ella, él no caminaba a la derecha ni ella a la izquierda, sino que brincaban juntos. Quiso derribarlo, revolcarlo, a este barril, a este hombrecito cojo y meterle arena en el hocico.

Súbitamente enronquecida su voz, llamó al médico. Él agachado y ella mirándolo desde abajo advirtió la sorpresa en su rostro al ver el bordado, y con voz tranquila le dijo: - Tú, eres un simio, eres un simio, eres un fracasado. Y al mismo tiempo que se encajó las tijeras en el pecho izquierdo aventó la cobija. Un grito estridente estaba en algún rincón de la sala. Aun en la muerte, la bailarina tenía una expresión fría y desdeñosa en torno a su boca.

Alfred Döblin, "Die Tänzerin und der Leib", en *Die Ermordung einer Butterblume, und andere Erzählungen*, München, DTV, 1984, pp. 16-19.